

la literatura mística de los cristianos? ¿Cuándo de las tinieblas salió la luz? Místicos nuestros hay que son hermanos ó hijos de Tofail; pero no los busquemos en la Iglesia ortodoxa, sino en las sectas quietistas, en Miguel de Molinos y los adoradores de la nada, en los alumbrados de Llerena, en los convulsionarios jansenistas, en los tembladores de Inglaterra. El vértigo, la excitación producida por brutales flagelaciones, el desprecio de la vida activa, la contemplación enervadora y malsana, de ellos son y no de San Buenaventura ni de Gerson.

Achaque fué de la erudición de otros tiempos poner por las nubes el influjo de árabes y judíos en la cultura de Europa, y hoy quizá hayamos venido á caer, por reacción, en el extremo contrario. Agradecimiento debemos, sin duda, á los árabes como transmisores, más ó menos infieles, de una parte del saber griego, recibido por ellos de segunda mano, de intérpretes persas ó sirios. Y no sólo en las ciencias astronómicas y físicas, sino en la misma filosofía primera, sirven los sectarios del Islam de anillo que traba la antigua cultura con la moderna. Tan inexacto es decir que Aristóteles fuera desconocido en las escuelas de Occidente hasta la introducción de los compendios de Avicena y de Algazel en el

siglo XII, como imaginar que los escolásticos anteriores á aquella fecha conociesen del *Organon*, incompleto, y no en su original, sino en la traducción de Boecio. Pero no fué obstáculo esta ignorancia de Aristóteles para que la escolástica, que en este primer período no pudo tomar de él más que las formas lógicas, se desarrollase rica y potente en todo género de direcciones ortodoxas y heterodoxas, sin que deban nada á los árabes, ni el panteísmo alejandrino de Escoto Erígena, sabiamente impugnado por nuestro doctor Prudencio Galindo en el siglo IX, ni el realismo de Lanfranco, enérgico adversario del heresiarca Berenguer en el XI, ni la maravillosa teodicea de San Anselmo, en que la razón va confirmando las premisas de la fe, ni el audaz y descarado nominalismo de Gaunilón y del antitrinitario Roscelino, verdaderos positivistas á la moderna, ni el conceptualismo de Pedro Abelardo, ni la escuela mística de Hugo y de Ricardo de San Víctor. Y si luego se dilata por los campos de la escolástica la corriente oriental, es para traer nuevos errores sobre los antiguos, y más que todos, el averroísmo, ó teoría del *intellecto uno*, perpetuo fantasma de la Edad Media y del Renacimiento, como que no bastaron á ahuyentar-

le los esfuerzos de Santo Tomás, de Ramón Lull y de Luís Vives, y se arrastró oscuramente en la escuela de Padua hasta muy entrado el siglo XVII.

Ni necesitaron los escolásticos que moros y judíos viniesen á revelarles las dulzuras de la contemplación y de la unión extáticas, puesto que, aparte de las muchas luces que podían sacar de los tratados de San Agustín, eran lectura familiar de ellos los libros *De mystica Theologia* y *De divinis nominibus* del falso Areopagita, pseudónimo de algún platónico cristiano de Alejandría; libros que el mismo Escoto Erígena (mucho antes que filosofase nadie en la raza árabe) tradujo del griego y comentó é hizo familiares á los cortesanos de Carlos el Calvo. Aquella semilla fructificó, sobre todo en la abadía de San Víctor, cátedra de Guillermo de Champeaux, hasta engendrar la escuela mística de Hugo y Ricardo, que aspiran á la intuición de las naturalezas invisibles, pero no por los *documentos de la razón*, ni por la *vana sabiduría del mundo*, sino por un proceso de iluminación divina, con varios grados y categorías de ascensión para la mente; en suma, un verdadero *ontologismo*. Á difundir tales ideas, especie de reacción contra las audacias dialécticas de los Abelardos y Roscelinos, con-

tribuyó el mismo San Bernardo, con no ser filósofo en el riguroso sentido de la palabra, pero sí teólogo místico, empapado en la purísima esencia del *Cantar de los Cantares*, y orador incomparable, en quien una dulzura láctea y suave se juntaba con un calor bastante á lanzar á los hombres al desierto ó á la cruzada.

Y cuando llegó el siglo XIII, la edad de oro de la civilización cristiana, á la vez que la teología dogmática y la filosofía de Aristóteles, purificada de la liga neo-platónica y averroista, se reducían á método y forma en la *Summa Theologica* y en la *Summa contra gentes*, la inspiración mística, ya adulta y capaz de informar un arte, centelleaba y resplandecía en los áureos tercetos del *Paradiso*, sobre todo en la visión de la divina esencia que llena el canto XXVIII, y llegaba á purificar é idealizar los amores profanos en algunas canciones del mismo Dante, y corría por el mundo de gente en gente, llevada por los mendicantes franciscanos, desde el santo fundador, que, si no es seguro que hiciera versos (sea ó no suyo el himno de *Frate Sole*), fué á lo menos soberano poeta en todos los actos de su vida y en aquel simpático y penetrante amor suyo á la naturaleza, hasta Fr. Pacífico, trovador convertido, llamado en el siglo el *Rey de los versos*, y

San Buenaventura, cuya teología mística, aun en los libros en prosa, en el *Breviloquium*, en el *Itinerarium mentis ad Deum*, rebosa de lumbres y matices poéticos, no indignos algunos de ellos de que Fr. Luís de León los trasladase á sus odas. Y en pos de ellos Fra Giacomino de Verona, el ingenuo cantor de los gozos de los bienaventurados, y el Beato Jacopone da Todi, que no compuso el *Stabat*, dígame lo que se quiera (porque nadie se parodia á sí mismo), pero que fué en su género fraileesco, beatífico y popular, singularísimo poeta, mezcla de fantasía ardiente, de exaltación mística, de candor pueril y de sátira acerada, que á veces trae á la memoria las recias invectivas de Pedro Cardenal.

¿Y á quién extrañará que enfrente de toda esta literatura franciscana, cuyo más ilustre representante solía llorar *porque no se ama al amor*, pongamos, sin recelo de quedar vencidos, el nombre del peregrino mallorquín que compuso el libro *Del Amigo y del Amado*? ¿Cuándo llegará el día en que alguien escriba las vidas de nuestros poetas franciscanos con tanto primor y delicadeza como de los de Italia Ozanam! Quédesse para el afortunado ingenio que haya de trazar esa obra, tejer digna corona de poeta y de no-

velista, como ya la tiene de sabio y de filósofo, al iluminado doctor y mártir de Cristo, Ramón Lull, hombre en quien se hizo carne y sangre el espíritu aventurero, teosófico y visionario del siglo xiv, juntamente con el saber enciclopédico del siglo xiii. En el beato mallorquín, artista hasta la medula de los huesos, la teología, la filosofía, la contemplación y la vida activa se confunden y unimisman, y todas las especulaciones y ensueños armónicos de su mente toman forma plástica y viva, y se traducen en viajes, en peregrinaciones, en proyectos de cruzada, en novelas ascéticas, en himnos fervorosos, en símbolos y alegorías, en combinaciones cabalísticas, en árboles y círculos concéntricos, y representaciones gráficas de su doctrina, para que penetrara por los ojos de las muchedumbres, al mismo tiempo que por sus oídos, en la monótona cantilena de la *Lógica metrificada* y de la *Aplicació de l'art general*. Es el escolástico popular, el primero que hace servir la lengua del vulgo para las ideas puras y las abstracciones, el que separa de la lengua provenzal la catalana, y la bautiza desde sus orígenes, haciéndola grave, austera y religiosa, casi inmune de las eróticas liviandades y de las desolladoras sátiras de su hermana mayor, ahogada ya para entonces en

la sangre de los albigenses. Ramón Lull fué místico teórico y práctico, asceta y contemplativo, desde que en medio de los devaneos de su juventud le circundó de improviso, como al antiguo Saulo, la luz del cielo; pero la flor de su misticismo no hemos de buscarla en sus *Obras rimadas*¹, que, fuera de algunas de índole elegiaca, como el *Plant de nostra dona Santa Maria*, son casi todas (inclusa la mayor parte del *Desconort*) exposiciones populares de aquella su teodicea racional, objeto de tan encontrados pareceres y censuras, exaltada por unos como revelación de lo alto, y tachada por otros punto menos que de herética, por el empeño de demostrar con razones naturales todos los dogmas cristianos, hasta la Trinidad y la Encarnación, todo con el santo propósito de resolver la antinomia de fe y razón, bandera de la impiedad averroista, y de preparar la conversión de judíos y musulmanes, empresa santa que toda su vida halagó las esperanzas del bienaventurado mártir.

La verdadera mística de Ramón Lull se encierra en una obra escrita en prosa, aunque poé-

¹ Las ha coleccionado (con algunas apócrifas) D. Jerónimo Roselló en un grueso volumen. (Palma, 1859, imp. de Gelabert.)

tica en la sustancia: el *Cántico del Amigo y del Amado*, que forma parte del libro v de la extraña novela utópica intitulada *Blanquerna*, donde el iluminado doctor desarrolla su ideal de perfección cristiana en los estados de matrimonio, religión, prelación, pontificado y vida eremítica; obra de hechicera ingenuidad y espejo fiel de la sociedad catalana del tiempo. El *Cántico* está en forma de diálogo, tejido de ejemplos y parábolas, tantos en número como días tiene el año, y su conjunto forma un verdadero *Arte de contemplación*. Enseña Raimundo que «las sendas por donde el Amigo busca á su Amado son largas y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, pero iluminadas de amor.» Párecenle largos estos destierros, durísimas estas prisiones: «¿Cuándo llegará la hora en que el agua, que acostumbra correr hacia abajo, tome la inclinación y costumbre de subir hacia arriba?» Entre temor y esperanza hace su morada el varón de deseos, vive por pensamientos y muere por el olvido; y para él es bienaventuranza la tribulación padecida por amor. El entendimiento llega antes que la voluntad á la presencia del Amado, aunque corran los dos como en certamen. Más viva cosa es el amor en corazón amante que el relámpago y el trueno, y más

que el viento que hunde las naos en la mar. Tan cerca del Amado está el suspiro, como de la nieve el candor. Los pájaros del verjel, cantando al alba, dan al solitario entendimiento de amor, y al acabar los pájaros su canto, desfallece de amores el Amigo, y este desfallecimiento es mayor deleite é inefable dulzura. Por los montes y las selvas busca á su amor; á los que van por los caminos pregunta por él, y cava en las entrañas de la tierra por hallarle, ya que en la sobrehaz no hay ni vislumbre de devoción. Como mezcla de vino y agua se mezclan sus amores, más inseparables que la claridad y el resplandor, más que la esencia y el ser. La semilla de este amor está en todas las almas: ¡desdichado del que rompe el vaso precioso y derrama el aroma! Corre el Amigo por las calles de la ciudad, preguntarle las gentes si ha perdido el seso, y él responde que puso en manos del Señor su voluntad y entendimiento, reservando sólo la memoria para acordarse de Él. El viento que mueve las hojas le trae olor de obediencia; en las criaturas ve impresas las huellas del Amado; todo se anima y habla y responde á la interrogación del amor: amor, como le define el poeta, «claro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en

nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos;» ó como en otra parte dice con frase no menos galana: «hervor de osadía y de temor.» «Venid á mi corazón (prosigue) los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas: venid á tomar agua á la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací, y amor me crió, y de amor vengo, y en el amor habito.» La naturaleza de este amor místico nadie la ha definido tan profundamente como el mismo Ramón Lull, cuando dijo que «era medio entre creencia é inteligencia, entre fe y ciencia.» En su grado extático y sublime, el Amigo y el Amado se hacen *una* actualidad en *esencia*, quedando á la vez *distintos* y *concordantes*. ¡Extraño y divino erotismo, en que las hermosuras y excelencias del Amado se congregan en el corazón del Amigo, sin que la personalidad de éste se aniquile y destruya, porque sólo los junta y traba en uno *la voluntad vigorosa, infinita y eterna del Amado!* ¡Admirable poesía, que junta como en un haz de mirra la pura esencia de cuanto especularon sabios y poetas de la Edad Media sobre el amor divino y el amor humano, y realza y santifica hasta las reminiscencias provenzales de canciones de mayo y de alborada, de verjeles y pájaros cantores, casando por extraña manera á Gi-

raldo de Borneil con Hugo de San Víctor ¹!

No os parezca profanación, Señores, si después del nombre de Lulio, á quien el pueblo mallorquín venera en los altares, traigo el nombre de un poeta erótico, posterior en más de un siglo, y que comparte con él la mayor gloria de la literatura catalana. Lejos de mí la profana mezcla de amores humanos y divinos, de que no debe vestirse ningún cristiano entendimiento; pero fuera soberana injusticia hablar de Ausías March con la misma ligereza que de cualquier otro cantor de finezas y desvíos. Y por otra parte, el amor encendido, apasionado y vehementemente á la criatura, el amor en grado heroico, aun cuando vaya errado en su objeto, no puede albergarse en espíritus mezquinos y vulgares, sino en almas nacidas para la contemplación y el fervor místico. El mismo Ramón Lull, que tan altamente especuló del amor divino, es el que, cuando mozo, se abrasaba en las llamas de la pasión mundana y del deseo, hasta penetrar

¹ El *Blanquerna* se imprimió por primera y única vez en Valencia, por Mosén Juan Bonlabii (que lastimosamente modernizó el texto), en 1521; edición rarísima. Yo poseo (y me he valido de) la traducción castellana impresa en Mallorca (1749) por la viuda de Frau (*Blanquerna, maestro de la perfección....* etc.), que también escasea mucho. El traductor es anónimo. Morel Fatio, en el tomo vi de la *Romania*, ha dado noticias y extractos de un antiguo códice catalán, que difiere no poco del texto impreso en Valencia.

á caballo, en seguimiento de su dama, por la iglesia de Santa Eulalia; el mismo á quien Dios llamó á penitencia, mostrándole roído por un cáncer el pecho de Ambrosia la genovesa.

Nada de leyendario y fantástico en la biografía de Ausías March. Es toda ella tan sencilla y prosaica, que los que se han detenido en la corteza de sus versos, sin penetrar el íntimo sentido, han juzgado mera convención poética sus amores, y hasta fantástica la dama, ó han creído, como Diego de Fuentes, que al celebrar-la no quiso el poeta sino «mostrar con más levantado estilo la fuerza y licor de sus versos.» Opinión absurda, porque además de constar en los biógrafos, y hasta en un pasaje algo embozado del mismo Ausías, el verdadero nombre de la ilustre dama que él suele llamar *lirio entre cardos*, ¿quién no siente, bajo la ceniza árida y escolástica de los *Cantos de amor*, el rescoldo de una pasión verdadera y profunda? Sino que Ausías, con ser imitador del Petrarca en algunos pormenores, é imitador á su modo, es decir, áspera y crudamente, no se parece al mismo Petrarca, ni á ningún elegíaco del mundo, en la manera de sentir y expresar el amor. Se le encuentra á la primera lectura monótono, duro, frío, pobrísimo de imágenes; pero, vencido este

primer disgusto, pocas personalidades líricas hay tan dignas de estudio. Si existe un poeta verdaderamente psicológico, es decir, que no haya visto en el mundo más que las soledades de su alma, Ausías lo es, y en el análisis de sus afectos pone fuerza y lucidez maravillosas. La poesía del Petrarca parece insustancial devaneo al lado de esta disección sutil é implacable de las fibras del alma. Llega á olvidarse uno del amor y de la dama, y á ver sólo el corazón del poeta, materia del experimento. Ausías no se cuida del mundo exterior, y cuando quiere decirnos algo de él, aparece torpe y desgarbado; pero el mundo del espíritu le pertenece, y en él sabe describir hasta los átomos impalpables. Decir que Ausías descende de la poesía italiana, de Dante y de Petrarca, es decir una vulgaridad, que puede inducir á error, hasta por lo que tiene de cierta. En lo sustancial, en lo que da carácter propio á un poeta, Ausías no descende de nadie, sino de sí mismo y de la filosofía escolástica, de que es discípulo fervoroso. Sus cantos pueden reducirse á forma silogística, y de ellos extraerse una psicología y una estética, y un tratado de las pasiones. Ese es

el oro fino y extremado
En sus profundas venas escondido,

que dijo Jorge de Montemayor; y por eso nuestros antiguos (y entre ellos el maestro de Cervantes) tuvieron á Ausías por filósofo tanto ó más que poeta. Y si del Petrarca dijo Hugo Fóscolo y han repetido tantos:

*Che amore in Grecia nudo, nudo in Roma,
D' un velo candidissimo adornando,
Rendea nel grembo á Venere celeste,*

de nuestro valenciano podemos decir, no sólo que arropó al amor con todo género de cándidos cendales, hasta el punto de no describir nunca, ni por semejas, la peregrina hermosura de su dama; sino que le hizo sentarse en los bancos de la escuela de Santo Tomás y de Escoto, y aprender de coro muchas cuestiones de la *Summa*, como el mejor discípulo de la Sorbona.

He dicho que los versos de Ausías constituyen, reunidos, una verdadera filosofía del amor y de la hermosura, que, á no estar dirigida á beldad terrena, merecería ser aquí largamente analizada. Ausías tenía grandes condiciones de poeta místico; pero se quedó en el camino, distraído por el amor humano, y en los *Cantos de muerte* y en el *Canto Espiritual* apenas pasó de ascético y moralista.

Y basta de Edad Media, porque en vano he recorrido los poetas del *mestèr de clerecía*, desde

Gonzalo de Berceo hasta el Arcipreste de Hita y el Canciller Ayala, y nuestros cancioneros castellanos y portugueses, desde el de la Vaticana hasta el de Resende, en busca de algo que fuera *místico* con todo el rigor de la frase, y he encontrado sólo versos de devoción, piadosas leyendas, visiones del cielo y del infierno, como las que en la época visigoda bosquejaba en las soledades del Vierzo el ermitaño San Valerio, cariñosas efusiones á la Virgen, y á vueltas de esto, muchas cosas que serán todo menos poesía, dicho sea con toda la reverencia debida á la vetustez del lenguaje y al valor histórico de aquellos monumentos.

Ensalcen otros la Edad Media: cada cuál tiene sus devociones. Para España, la edad dichosa y el siglo feliz fué aquel en que el entusiasmo religioso y la inspiración casi divina de los cantores se aunó con la exquisita pureza de la forma, traída en sus alas por los vientos de Italia y de Grecia. Siglo en que la mística castellana, silenciosa ó balbuciente hasta aquella hora, rotas las prisiones en que la encerraba la asidua lectura de los Tauleros y Ruysbroeck de Alemania, y ahogando con poderosos brazos la mal nacida planta de los alumbrados, dió gallarda muestra de sí, libre é inmune de todo resabio de

quietud y de panteísmo, y corrió como generosa vena por los campos de la lengua y del arte, fecundando la abrasadora elocuencia del Apóstol de Andalucía, el severo y ascético decir de San Pedro de Alcántara, la regalada filosofía de amor de Fr. Juan de los Ángeles, la robusta elocuencia del venerable Granada, toda calor y afectos que arrancan lumbre del alma más dura y empedernida, el pródigo y mal represado lujo de estilo de Malon de Chaide, la serena luz platónica que se difunde por los *Nombres de Cristo* de Fr. Luis de León, y la alta doctrina del conocimiento propio y de la unión de Dios con el centro del alma, expuesta en las *Moradas* teresianas como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego. ¿Quién ha declarado la unión extática con tan graciosas comparaciones como Santa Teresa: ya de las dos velas que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene á henchir el cauce de un arroyo? ¿Y qué diremos de aquella portentosa representación suya de la esencia divina, «como un claro diamante muy mejor que todo el mundo,» ó como un espejo en que por subida manera, y «con espantosa claridad,» se ven juntas todas las cosas, sin que haya ninguna que salga fuera de su grandeza? Ni Malebranche ni Leibnitz imaginaron nunca

más soberana ontología. No hubo abstracción tan sutil ni concepto tan encumbrado que se resistiese al romance de nuestro vulgo: sépanlo los que hoy, á título de filosofía, le destrozan y maltratan. Esa lengua bastó para contener y difundir el pensamiento de Platón y del Areopagita, en cauce no menos amplio que el de la lengua griega, y ciertamente que no halló pobre ni estrecha la nuestra (y valga un ejemplo por todos) el fraile que supo decir (en el libro I de los *Nombres*) que «las cosas, demás del ser real que tienen en sí, tienen otro aún más delicado, y que en cierta manera nace de él, consistiendo la perfección en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que de esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el ser mío, se abraze y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas semezclen, y permaneciendo muchas no lo sean, y extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.» El filósofo que en nuestros días tuviera que explicar esta gallarda concepción armónica, diría probable-

mente que «lo objetivo y lo subjetivo *se daban congrua*, y homogéneamente, *dentro y debajo* de la unidad, y en virtud de ella, en íntima unión *de Todeidad;*» y se quedaría tan satisfecho con esta bárbara algarabía, so pretexto de que los *viejos moldes* de la lengua no bastaban para su altivo y alemanisco pensamiento.

Gala y carácter de este misticismo español es lo delicado y agudo del análisis psicológico, en que ciertamente se adelantaron los nuestros á los místicos del Norte, y esto, á mi ver, hasta por tendencias de raza y condiciones del genio nacional, visibles en la historia de nuestra ciencia. Á nadie asombre el que Santa Teresa diera por firmísimo fundamento de sus *Moradas* la observación interior, sin salir de ella mientras no sale de la *ronda del castillo*. Toda la filosofía española del siglo xvi, sobre todo la no escolástica é independiente, está marcada con el sello del psicologismo, desde que Luís Vives, en su tratado *De anima et vita*, anticipándose á cartesianos y escoceses, volvió por los fueros de la *silenciosa experiencia de cada cual dentro de sí mismo (tacita cognitio.... experientia cujuslibet intra seipsum)*, de la *introspección* ó reflexión (*mens in se ipsam reflexa*), hasta que Gómez Pereira redujo á menudo polvo las espe-

10658

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

cies inteligibles y la hipótesis de la representación en el conocimiento, levantando sobre sus ruínas el edificio que Hamilton ha llamado *realismo natural*.

La importancia dada al conocimiento de sí propio, la enérgica afirmación de la personalidad humana, aun en el acto de la posesión y del éxtasis, salva del panteísmo, no sólo á nuestros doctores ortodoxos, sino al mismo hereje Miguel de Molinos, en cuyo budhismo nihilista, el alma, muerta para toda actividad y eficacia, retirada en la parte superior, en el ápice de sí misma, abismándose en la nada, como en su centro, espera el aliento de Dios, pero reconociéndose sustancialmente distinta de él.

Recuerdo á propósito de esta distinción unos tercetos, tan ricos de estilo como profundos en la idea, de un olvidado poeta del siglo xvi, á quien no con entera injusticia llamaron sus contemporáneos *el Divino*; porque si es cierto que suele versificar dura y escabrosamente, también lo es que piensa tan alto como pocos. Hablo del capitán Francisco de Aldana, natural de Tortosa, muerto heroicamente en la jornada de África con el rey D. Sebastián. No os pesará oír lo que pensaba de la inmersión del alma en Dios, y veréis cuán graciosas y adecuadas comparacio-

nes se le ocurren para vestir de forma poética el intangible pensamiento:

«Y como el fuego saca y desentendra

Oloroso licor por alquitara

Del cuerpo de la rosa que en él entra,

Así destilará de la gran cara

Del mundo inmaterial, varia belleza,

Con el fuego de amor que la prepara.

Y pasará de vuelo á tanta alteza ¹,

Que volviéndose á ver tan sublimada,

Su misma olvidará naturaleza.

Cuya capacidad ya dilatada

Allá verá, do casi ser le toca

En su primera causa transformada.

Ojos, oídos, pies, manos y boca,

Hablando, obrando, andando, oyendo y viendo,

Serán del mar de Dios cubierta roca.

Cual pece dentro el vaso alto, estupendo

Del Oceano, irá su pensamiento

Desde Dios para Dios yendo y viniendo.

.....

No que del alma la especial natura,

Dentro el divino piélago hundida,

Deje en el Hacedor de ser hechura,

Ó quede aniquilada y destruida,

Cual gota de licor que el rostro enciende

Del altísimo mar toda absorbida.

Mas como el aire en que su luz extiende

El claro sol, que juntos aire y lumbre

Ser una misma cosa el ojo entiende.

.....

Déjese el alma andar suavemente,

¹ El alma.

Con leda admiración de su ventura,
Húndase toda en la divina fuente,
Y del vital licor humedecida,
Sálgase á ver del tiempo en la corriente.

.....
Ella verá con desusado estilo
Toda regarse y regalarse junto
De un , salido de Dios , sagrado Nilo.»

Á diferencia de otros misticismos egoistas, inertes y enfermizos, el nuestro, nacido enfrente y en oposición á la Reforma luterana, se calienta en el horno de la caridad, y proclama la eficacia y valor de las obras. No exclama Santa Teresa, como la discreta Victoria Colonna, catequizada en mal hora por Juan de Valdés:

*Cieco e' l nostro voler, vane son l' opre,
Cadono al primo vol le mortal piume,*

sino que escribe en la Morada V: «No, hermanas, no; *obras quiere el Señor...* y ésta es la verdadera *unión...* Y estad ciertas, que mientras más en el amor del prójimo os viéredes aprovechadas, más lo estaréis en el amor de Dios.» Por eso Santa Teresa no separa nunca á Marta de María, ni la vida activa de la contemplativa.

Todos nuestros grandes místicos son poetas, aun escribiendo en prosa, y lo es más que todos Santa Teresa en la traza y disposición de su *Castillo Interior*; pero la misma riqueza de la ma-

teria me obliga á reducirme á los que escribieron en verso, y á prescindir casi de la doctora avileña. Y la razón es llana: entre las veintiocho poesías que en la edición más completa se le atribuyen, muchas son de autenticidad dudosa, y ninguna pasa de la medianía, fuera de la conceptuosa letrilla, que ya acude á vuestros labios como á los míos:

«Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.»

Estos versos, «nacidos (como escribe el P. Yepes) del fuego del amor de Dios que en sí tenía la Madre,» son el más perfecto dechado del apacible discreto que aprendieron de los trovadores palacianos del siglo xv algunos poetas devotos del siglo xvi; y en medio de lo piadoso del asunto, retraen á la memoria otros más profanos acentos del comendador Escrivá y del médico Francisco de Villalobos:

«Venga ya la dulce muerte
Con quien libertad se alcanza,»

dice el físico del Emperador.

Y Santa Teresa clama:

«Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir tan ligero,
Que muero porque no muero.»

En cuanto al célebre soneto

«No me mueve mi Dios para quererte,»

que en muchos devocionarios anda á nombre de Santa Teresa, y en otros á nombre de San Francisco Javier (que apuntó una idea muy semejante en una de sus obras latinas), sabido es que no hay el más leve fundamento para atribuirle tan alto origen; y á pesar de su belleza poética y de lo fervoroso y delicado del pensamiento (que, mal entendido por los quietistas franceses, les sirvió de texto para su teoría del amor puro y desinteresado), hemos de resignarnos á tenerle por obra de algún fraile oscuro, cuyo nombre quizá nos revelen futuras investigaciones.

¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, á Fr. Luís de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza: nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El

mármol del Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoja todo. Así, con piedras de las canteras del Ática labró Andrés Chénier sus elegías y sus idilios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua; pero bien sabéis que el procedimiento tenía fecha. Errores creer que la originalidad poética consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilasso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá cuanto dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fr. Luís de León, y digamos que la tempestad de la oda á Felipe Ruiz se copió de las *Geórgicas*, y que *La vida del campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la mesa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto á sentir y á vivir todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; y así en la tempestad pone *el carro de Dios ligero y reluciente*, y en *la vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en

vez de llevarnos, como Horacio, á la alquería de Pulla ó de Sabinia, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello (τόκος ἐν τῷ καλῷ), como dijo Platón. El sentido del arte crece y se nutre con el estudio y reproducción de las formas perfectas. A. Chénier lo ha expresado con símil felicísimo: el de la esposa lacedemonia, que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados. Así se comprende que fray Luís de León, con ser poeta tan sabio y culto, tan enamorado de la antigüedad y tan lleno de erudición y doctrina, sea en la expresión lo más sencillo, candoroso é ingenuo que darse puede, y esto no por estudio ni por artificio, sino porque juntamente con la idea brotaba de su alma la forma pura, perfecta y sencilla, la que no entienden ni saborean los que educaron sus oídos

en el estruendo y tropel de las odas quintanescas. Es una mansa dulzura, que penetra y embarga el alma sin excitar los nervios, y la temple y serena, y le abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito:

«Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño ó peregrino oye ni siente.»

Ese efecto que en el autor hacía la música del ciego Salinas, hacen en nosotros sus odas. Los griegos hubieran dicho de ellas que producían la apetecida *sophrosyne* (σοφροσύνη), aquella calma y reposo y templanza de afectos, fin supremo del arte:

«El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.»

Música que retrae al poeta la memoria

«De su origen primera esclarecida,»

y le mueve á levantarse sobre el oro y la belleza terrena y cuanto adora el vulgo vano, y traspasar las esferas para oír aquella música no pe-